B

OBSTÁCULOS EN EL CAMINO DE LA ORACIÓN

Pág

- **El Tiempo**..... 8
  - Oración..... 9
- **Las Seguridades**..... 10
  - Oración..... 11
- **El Cansancio**..... 12
  - Oración..... 13
- **La Comodidad**..... 14
  - Oración..... 15
- **El Miedo**..... 16
  - Oración..... 17

EL TIEMPO

El Tiempo no es, al menos para el Hombre religioso, homogéneo ni continuo. La experiencia religiosa implica vivir en dos clases de Tiempo, el sagrado y el 'cotidiano-ordinario'. El tiempo sagrado se presenta bajo el aspecto paradójico de un tiempo circular, reversible y recuperable. El hombre religioso conoce intervalos 'sagrados' que no participan de la duración temporal que les precede[2].

Pero el tiempo ordinario tiende a imponer su 'ser absoluto', evitando no sólo que no haya posibilidad de acudir al tiempo sagrado, sino que tampoco exista proyección hacia el interior de cada persona. El tiempo ordinario agota el sagrado (dejamos a Dios el tiempo que nos sobra), cuando la realidad del cristiano debe llevarle a convertir todo su tiempo ordinario en sagrado, puesto que el proyecto de Dios es el proyecto de la vida de cada uno y de cada uno en la de todos.

Leyre. Monasterio:

En tiempos del año 950 era Abad del Monasterio de Leyre el monje Virila. Este monasterio respondía a la orden cluniacense con sus hábitos negros. El buen Virila caminaba, unas veces entre las galerías del monasterio, otras por los senderos del jardín, obsesionado preguntándose por el significado del salmo 90 y en concreto la frase: 'Mil años a tus ojos, son igual que el ayer, que ya pasó...'.

En una tarde de jardín, buscando dar razón a su obsesión, escuchó el canto de un Ruiseñor. Un canto dulce y armonioso. Un canto suave y sincero. De tal hermosura le pareció que no pudiendo desprenderse de tanto encanto comenzó a seguirle mientras volaba de una rama a otra. A medida que caminaba el canto del Ruiseñor se hacía cada vez más débil, no porque se alejara o escondiera el ruiseñor, sino porque la atención de Virila iba rápidamente de un sitio a otro observando y asombrándose de la belleza de cada rincón. Cada instante como nuevo. Eran los jardines del rededor del monasterio, pero sentía como si no los hubiera visto nunca. Cada paso era un adentrarse más, un empaparse de color y alegría. De repente, como se abre un telón de teatro, apareció en el centro una fuente de agua, de frescor y de sed. Había caminado tanto que gustó beber, alimentando más su entusiasmo. Ya le pareció que se había hecho tarde y decidió regresar. Tomó el camino que creía correcto y en pocos tiempo llegó al monasterio. Llamó a la puerta y le salió un monje que no conocía. Ni su cara ni su blanca vestimenta. El monje preguntó a Virila que quería, y Virila sorprendido le dijo que si no le reconocía. 'Soy Virila, el Abad'. El monje le creyó loco y bromista, pues le contestó que Abad ya tenía y no era Virila. Sin embargo la insistencia e inquietud de Virila trajo la sospecha del monje y juntos se acercaron a la biblioteca. Allí en los libros de la historia del monasterio, se leía que ciertamente hubo un Abad, de Cluny, llamado Virila, pero de eso hacía ya 200 años, y constaba que era una persona en el bosque desaparecida. Virila se repuso enseguida de su asombro, pues pronto entendió lo que aquel Salmo decía: Mil años a tus ojos, son igual que el ayer, que ya pasó...'.

---

[2] Mircea Eliade. Lo Sagrado y lo Profano.

ORACIÓN: SALMO 90 (89)
Oración, de Moisés, hombre de Dios.

Tú te has hecho, Señor, para nosotros el refugio por las generaciones.
Antes de que nacieran las montañas y la tierra y el orbe se formaran,
de una a otra eternidad eres tú Dios.
Tú puedes reducir el hombre al polvo, con decirle
Volved, hijos de hombre.
Mil años a tus ojos son igual que el ayer, que ya pasó
o como una vigilia de la noche
Tú los haces pasar y son un sueño,
o como la hierba que nace a la mañana, florece y verdea a la mañana
y a la tarde está ya marchita y seca.
Nosotros perecemos en tu enojo,
en tu furor nos consumimos,
al poner tú nuestras culpas a la vista,
nuestros secretos, a la luz de tu presencia.
Nuestros días se van todos,
en tu enojo fenecemos, nuestros años son lo mismo que un suspiro

Enséñanos exacta la medida de los días,
para que demos atención a la sabiduría.
Retorna hacia nosotros, ¿hasta cuando?,
y ten misericordia de tus siervos.
Sácianos de tus favores a la aurora,
que podamos cantar y ser dichosos
en todos nuestros días.

LAS SEGURIDADES

Anclamos nuestras vidas en aquellas cosas que creemos nos van a servir de seguro ante cualquier futuro problema que podamos tener. No deja de ser legítimo, pero estas anclas están tan firmes en nuestro corazón y amarradas tan tensamente en nuestra mente que se convierten en obcecación de nuestra propia vida. Del dinero seguro que podemos decir que sí, pero ¿podríamos tan fácilmente decir que también nos anclamos en el muelle de la pasión, de la comodidad, o de nuestra propia espiritualidad sin dejar por eso de ser libres?. Dice el evangelio que hay que dejar al padre, al hermano, a la riqueza..., y digo yo: ¿Entonces conque nos quedamos? Pues me digo: me quedo con todo aquello que soy, con todo aquello que tengo en la medida que sé que lo tengo para estar en Paz y sólo sabré que eso es así cuando sin esfuerzo puedo ayudar a los demás (el Otro), más allá de las justificaciones subjetivas que doy a los demás y los pre-textos que guardo para mi sólo.

En perseguirme Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento,
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así, siempre me causa más contento
poner las riquezas en mi entendimiento,
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura, que vencida
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementido;

teniendo por mejor en mis verdades,
consumir vanidades de la Vida,
que consumir la Vida en vanidades.[3]

¿Quién como tú, revelador de lo profundo,
temible y alabado, hacedor de maravillas?
El Creador que hizo todo de la nada
se revela a nuestro corazón, pero no le ven los ojos de la cara;
por tanto, no preguntes dónde está,
porque El llena los cielos y la tierra.
Limpia tu alma de deseos
y encontrará a Dios en tu pecho,
yendo hacia tu corazón;
Él será tu luz y tu libertad,
porque estás prisionero en la cárcel del mundo.
Haz de la inteligencia tu mensajero para el Señor,
anega tu voluntad en la suya,
Él es creador y sustentador;
el hombre es una flor que se marchita,
cayendo tan pronto como la hoja.[4]

---

[3] Sor Juana Inés de la Cruz (1615-1695)
[4] Yehuda ha-Levi (1075?-1140?)

Mc 10, 17-22

Cuando salió de camino, corrió hacia él uno que, arrodillándose ante él, le preguntaba: 'Maestro bueno, ¿qué haría yo para heredar vida eterna?' Jesús le contestó: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino uno, Dios. Ya conoces los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio. No defraudarás, honra a tu padre y a tu madre'. Él le replicó: 'Maestro, todas esas cosas las he cumplido desde mi juventud'. Jesús entonces lo miró, sintió afecto por él y le dijo: 'Una cosa te falta todavía: anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, que así tendrás un tesoro en el cielo; ven luego y sígueme'. Ante estas palabras, al joven se le anubló el semblante y se fue lleno de tristeza, pues poseía muchos bienes.

Lc. 9, 57-62

Mientras ellos iban siguiendo adelante, uno le dijo por el camino: 'Te seguiré adondequiera que vayas'. Y Jesús le contestó: 'Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza'.
A otro le dijo: 'Sígueme'. Éste respondió: 'Permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre'. Jesús le replicó: 'Deja a los muertos que entierren a sus muertos; pero tú, vete a anunciar el reino de Dios'.
También dijo otro: 'Te seguiré, Señor; pero permíteme que vaya primero a despedirme de los míos'. Jesús le respondió: 'Ninguno que ha echado la mano al arado y mira hacía atrás, es apto para el reino de Dios'.

Lc 12, 15-21
Entonces les dijo: 'Guardaos muy bien de toda avidez, porque, no por estar uno en la abundancia, depende su vida de los bienes que posee'. Luego les dijo esta parábola: 'Un hombre muy rico tenía una finca que le dio una gran cosecha. Y discurría para sí de esta forma: '¿Qué voy a hacer, si ya no tengo dónde almacenar mis cosechas?' Y añadió: 'Voy a hacer esto: 'derribaré mis graneros para edificar otros mayores; así podré almacenar allí todo mi trigo y mis bienes. Y diré a mi alma: Alma mía, ya tienes muchos bienes almacenados para muchos años; ahora descansa, come, bebe y pásalo bien'. Entonces le dijo Dios: '¡Insensato! Esta misma noche te van a reclamar tu alma; y todo lo que has preparado, ¿para quién va ser? Así sucederá con aquel que atesora riquezas para sí, pero no se hace rico ante Dios.

EL CANSANCIO

El día es largo. El cansancio bien puede evitar nuestra oración, pero también puede de la misma manera convertirla en un mero discurrir de algo relajante, donde nunca existirá un hablar conmigo y mucho menos un con Dios. Si estoy cansado, me digo: no puedo orar; pero también si oras para descansar, no habrá mucho que decir. La búsqueda de la tranquilidad propia y característica de todo momento de rezo, nos tranquiliza pero no es oración. No es un refugio sino una salida. La oración necesita de la conciencia clara de estar orando, de estar poniéndonos voluntariamente ante Dios, de querer escucharle. Si estoy cansado busquemos la causa del cansancio, busquemos el descanso primero y luego oremos. No hagamos del cansancio el pretexto de nuestra falta de oración, porque ese cansancio está siempre presente en cada día.

No te he tenido más en mí
que el río tiene al árbol de la orilla;
yo, pasando, me estaba siempre en tu alma;
tú, estando en mi alma siempre, nunca te venías...
Bastaba un cielo ciego, un pobre viento,
para que desaparecieras de mi vida.[5]

¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.
De luz y de sombras soy
y quiero darme a los dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!.[6]

---

[5] Juan Ramón Jiménez, 1881-1958
[6] José María Gabriel y Galán, 1870- 1905, ¡Quiero vivir!

Mc. 6, 30-43

Vuelven a reunirse los apóstoles en torno a Jesús, y le refirieron todo lo que habían hecho y enseñando. Él les dice: 'Venid también vosotros aparte, a un lugar desierto, y descansad un poco'. Pues eran tantos los que iban y venían, que ni para comer tenían tiempo. Se fueron, pues, a solas, en la barca a un lugar desierto. Pero muchos los vieron partir y se dieron cuenta del rumbo; entonces, acudieron allá, por tierra de todas las ciudades y llegaron antes que ellos.

Al desembocar y ver Jesús a tanta gente sintió compasión por ellos, pues andaban como ovejas sin pastor, y se puso a instruirlos largamente. Pero, haciéndose ya muy tarde, se le acercaron sus discípulos y le dicen: 'Esto es un despoblado y la hora es ya muy avanzada. Despídelos, para que vayan a los caseríos y aldeas del contorno a comprarse algo que comer'. Pero él les respondió: 'Dadles vosotros de comer'. Ellos le replican: 'Pero vamos a ir nosotros a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?' Él les pregunta: ¿Cuántos panes tenéis? Id a verlo'. Y después de averiguarlo, le dicen, 'Cinco y dos peces'. Entonces les mandó que hicieran sentarse a todos por grupos sobre la hierba verde. Y se sentaron por grupos de cien en cien y de cincuenta en cincuenta. Y tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, dijo la bendición, partió los panes y se los iba dando a los discípulos, para que los sirvieran a la multitud: igualmente dio a repartir los dos peces entre todos. Todos comieron hasta quedar saciados. Y recogieron doce canastas llenas de las sobras de los panes y de los peces.

LA COMODIDAD

Ni quiero esforzarme, ni complicarme la vida. El esfuerzo depende del objetivo (y de la motivación) que me es, muchas veces, difícil de encontrar y, otras, más fácil ocultar. Complicarme la vida parece absurdo ante una sociedad que reprocha toda inactividad distinta a la extenuante y necesaria para el trabajo, el consumo económico desmedido y la ignorancia del Ser. La comodidad no es sólo estar confortablemente sentado y lleno de 'tenencias', que no tiene porque estar mal, sino admitir que desde mi prometeico sentido de la vida no cabe orar porque eso sólo puede revelarme la necesidad que yo tengo de los demás, de que existe realmente más injusticia que la de los telediarios y hay muchas sillas rotas. No puedo contactar con Dios a través de mi mando a distancia. Sabemos que dice el Evangelio: Cuando eres joven te ciñes tu cinturón y vas donde quieres, cuando eres viejo, te ciñen el cinturón y te llevan donde no quieres. Pues bien, ya, con independencia de mi edad, soy viejo, y alguien me lleva a donde no quiero. La 'dificultad da valor a las cosas', decía Montaigne (Essais II,15). Ad astra per aspera, se dice desde antiguo. ¿Por qué se empeñan en sacarme del mundo y alejarme de la vida? Tomando palabras de San Agustín: buscar bases sólidas llenas de Esperanza concreta, pues malo es vivir sin esperanza, pero peor es vivir con una esperanza sin fundamento.

Un hombre que paseaba por el bosque vio un zorro que había perdido sus patas, por lo que el hombre se preguntaba cómo podría sobrevivir. Entonces vio llegar a un tigre que llevaba una presa en la boca. El tigre ya se había hartado y dejó el resto de la carne para el zorro.
Al día siguiente Dios volvió a alimentar al zorro por el mismo tigre.
El hombre viendo lo sucedido, comenzó a maravillarse de la bondad de Dios y se dijo a sí mismo: 'Voy yo también a quedarme en un rincón confiando plenamente en el Señor, y éste me dará cuanto necesito'.
Así lo hizo durante muchos días, pero no sucedía nada y el pobre hombre estaba casi a las puertas de la muerte cuando oyó una Voz que le decía: 'iOh, Tú que te hallas en la senda del error, abre tus ojos a la verdad! Sigue el ejemplo del tigre y deja de imitar al pobre zorro mutilado'.

Mt. 26, 36-44

Entonces Jesús llega con ellos a una finca llamada Getsemaní y dice a los discípulos: 'Sentaos aquí, mientras yo voy allá para orar'. Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice: 'Siento tristezas de muerte; quedaos aquí y velad conmigo'. Y habiéndose adelantado un poco, se postro en tierra, y oraba así: '¡Padre mío: si es posible, que pase de mí este cáliz! Sin embargo, no sea como yo quiero sino como tú'.
Vuelve luego a los discípulos y los encuentra durmiendo; y dice a Pedro ¿De modo que no habéis podido velar una sola hora conmigo? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.'
Se alejó por segunda vez y de nuevo estuvo orando: ¡Padre mío: si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad!'
Cuando volvió, otra vez los encontró durmiendo, pues sus ojos estaban cargados de sueño. De nuevo se alejó y estuvo orando por tercera vez, repitiendo nuevamente las mismas palabras.
Entonces vuelve a los discípulos y les dice: 'Ya podéis dormir y descansar! Está cerca la hora.

EL MIEDO

¿Cómo puedo sentir miedo al orar si se supone que la oración me debe llevar a un encuentro con Dios y eso presupone, por lo menos, Paz? Orar es oír; orar es escuchar la Palabra de Dios. Quizá, puedas decir conmigo que el miedo puede surgir cuando esa Palabra puede hacerme ir más allá de lo que yo tengo pensado y proyectado. Me han dicho que Dios escucha mis peticiones y que le pida porque Él me dará, pero también me han dicho que Dios me nombra por mi nombre, pero eso ya no me gusta tanto. Si me nombra para conceder, vale; pero si me nombra para que sea yo el que conceda, entonces no vale tanto, porque a lo mejor resulta que tengo que ir, hacer, descubrir, aceptar o luchar por aquello que no me había planteado o querido. De esta forma, es mejor pedir, hablar, hacer ruido e incluso rezar gritando para que no pueda oír la Palabra de Dios. Decía Jeremías (20, 7-18): *Sirvo de irrisión todo el día; todos ellos se burlan de mí. Siempre que hablo, tengo que gritar: ¡Violencia y opresión! Esto es lo que proclamo. La palabra de Yahveh me resulta oprobio y escarnio todo el día. Pensé: No me acordaré más de él, no hablaré más en su nombre. Pero había en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado en mis huesos; me esforzaba en contenerlo, pero no podía.' Oídos para oír, ojos para ver.

La Peste se dirigía a Damasco y pasó velozmente junto a la tienda del jefe de una caravana en el desierto.
¿Adónde vas tan deprisa?, le preguntó el jefe.
'A Damasco. Pienso cobrarme un millar de vidas'.
De regreso de Damasco, la Peste pasó de nuevo junto a la caravana. Entonces le dijo el jefe: '¡Ya sé que te has cobrado 50.000 vidas, en lugar del millar que me habías dicho!'.
'No', le respondió la Peste. 'Yo sólo me he cobrado mil vidas. El resto se las ha llevado el Miedo'.

Un hombre llegó junto a una elevada torre, entró y vio que estaba todo oscuro. Moviéndose a tientas, tropezó con una escalera de caracol. Le entró curiosidad por saber adónde conducía y empezó a subir por ella. A medida que ascendía, iba sintiendo un creciente desasosiego. Entonces miró detrás de sí y comprobó, horrorizado, que los peldaños se iban desprendiendo y desapareciendo a medida que él los iba dejando atrás. Ante él, la escalera serpenteaba hacia arriba, y él no tenía ni idea de hasta dónde conducía; detrás de él se abría un enorme y negro vacío.[7]

[7] Ambas narraciones están recogidas del libro La Oración de la rana, Tony de Mello.

Mc 14, 66- 72

Estando Pedro abajo, en el patio,
llega una de las criadas del sumo sacerdote, y al ver a Pedro, que estaba calentándose, lo mira atentamente y le dice:
'También tú andabas con el Nazareno, con Jesús'.

Pero él lo negó: 'Ni sé ni entiendo lo que tú estás diciendo'. Y se salió fuera, al vestíbulo.

La criada, mirándolo, comenzó otra vez a decir a los presentes: 'Ese es de ellos'.
Pero él lo seguía negando de nuevo.

Poco después, los presentes volvieron a decirle a Pedro: 'Realmente, tú eres de ellos; pues también tú eres galileo'.
Pero él se puso a maldecir y a jurar: '¡Que no conozco a ese hombre del que estáis hablando!'.

En aquel momento cantó un gallo por segunda vez. Entonces recordó Pedro aquello que Jesús le había dicho: 'Antes que el gallo cante por segunda vez, tres veces me habrás negado tú'. Y rompió a llorar con grandes sollozos.